VIERNES SANTO

Juan el evangelista, poco antes de comenzar la narración de la despedida y la muerte de Jesús, pone en su boca estas palabras: *Para esto he venido, para esta hora*.

Qué difícil de entender cuando se tiene delante la cruz. Por eso hay que alejarse un poco, mirar desde el designio que Dios escondió en su creación desde los siglos. *En el principio*, se nos dice, *Dios creó* el tiempo y lo orientó en sus horas a la llegada del *séptimo día*, esta es la *hora* que todos los seres buscan orientados por la Palabra de Dios que los llama a la vida. La *hora* donde todo vive armónicamente porque coincide con el diseño de Dios, y *Dios mismo los habita descansando* en ellos. Para esto hemos venido al mundo. Esta *hora* se nos da a gustar de manera fugaz en muchas situaciones, en muchos encuentros sin que nos demos cuenta, pero en los que querríamos que se parara el mundo. Sin embargo, el mundo sigue como si no le importara que nosotros necesitamos ese momento; sigue porque esa *hora* no es solo para nosotros, sino que es una hora común y no se realiza sin ser de todos.

Esta es la *hora* que siempre ha buscado hacer presente Jesús, haciendo de su vida un lugar donde todos encontraran sitio, donde todos recibieran la mirada benevolente de Dios, donde todos a través de sus ojos y su espíritu se reconocieran unidos y enriquecidos mutuamente. Una *hora* que nace del amor de Dios y que solo alcanza plenitud cuando la creación se llena de este mismo amor. Y esta es la hora que vivimos en torno a la cruz, cuando la carne de Jesús es transfigurada por su amor hasta el extremo, y las heridas infringidas en su cuerpo solo rezuman compasión, perdón, misericordia; donde sus brazos extendidos se convierten en un regazo comprensivo para todos los que están cansados y agobiados; donde nadie está excluido por más que haya marcado el mundo con sus errores, su egoísmo y su violencia, porque hay una posibilidad de renovación en la mirada del crucificado. *Cuando sea elevado* -dice el Señor- *atraeré a todos hacia mí*. He aquí la *hora* del amor donde, en medio de nuestra desértica creación, Dios hace nacer *un manantial que vivifica toda la superficie de la tierra*. Por eso cantamos: *Victoria, tú reinarás. Oh cruz, tú* nos *salvarás*.

Ahora bien, esta hora que no deja de atraernos aparece igualmente como una hora inquietante. El mismo Jesús dice: *Padre, sálvame de esta hora*, como cuando una mujer está en trance de dar a luz y le asustan los dolores que se avecinan y es obligado pasar. Todo su cuerpo está habitado por un poder que quiere dar luz y vida, y sin embargo se imagina el trance tan duro que quisiera echarse atrás y no pasarlo. Y es que la vida y el amor llevan consigo siempre la muerte, porque el vivir con paz requiere aceptar que la vida no nace de nosotros y por eso no la podemos sostener nosotros mismos; porque entrar en el amor requiere esa confianza en la que todo queda en manos del otro sin poderlo forzar. Y es en este parto, donde el miedo a perder la vida y el miedo a no ser amados nos ha hecho agarrarnos al poder y a los bienes intentando dominar ingenua y violentamente la vida, nos ha hecho intentar seducir y someter a los demás olvidándonos del amor y la amistad.

Sin embargo, Jesús conoce al Padre, conoce su designio, sabe que necesita aceptar que su vida está solo en manos del que lo engendró, sabe que necesita mirar a los demás con confianza, aunque no respondan a ella, y sabe que esto va a desgarrar su vida hasta hacerla aparecer como una nada agónica en espera del *aliento que Dios da al barro para hacerlo Viviente* con su misma eternidad. Por eso sobreponiéndose dice: *Para esto he venido. Glorifica tu nombre*, pues sabe que, si se entrega, el aliento de Dios será más fuerte que la muerte.

Otro Juan, el de la cruz, lo comprendió hasta unos extremos que nos asustan, pues nuestra confianza en Dios siempre hace apaños con la pasión por controlar la vida y sujetarla a toda costa, y el amor dado y la confianza necesaria para descubrirnos amados hace apaños con el miedo a no ser dignos intentando someter nuestro corazón y el de los otros con mentiras. Él, que conocía bien los movimientos interiores del espíritu, nos recuerda que para llegar a esa hora donde la gloria de Dios descansa en nosotros (al monte Carmelo, la llama) hemos de seguir el camino de la humildad radical de Cristo: *Para venir a poseer* -dice- *lo que no posees, has de ir por donde no posees*.

¿Qué es lo que no poseemos sino la vida y el amor? ¿Qué es lo que necesitamos poseer si no es la vida y el amor? ¿Y qué es lo que necesitamos para tenerlos sino la confianza de que sin poseerlos son nuestros porque están sostenidos por Dios mismo para nosotros?

Preñados de la vida de amor de Dios que quiere darse a luz en nosotros, somos invitados a mirar de frente a Cristo que se eleva crucificado en el monte de perfección donde Dios nos espera; somos invitados a contemplar cómo desposeyéndose recibe de Dios su propio ser, pues cuando parece que ya no es nada, que no posee ya nada, puede darlo todo entregándonos su Espíritu.

Y aquí nuestro corazón se parte. De un lado atraído por la grandeza de Cristo, del otro herido por nuestra pequeñez que quiere huir. Y ante él, el día y la noche de nuestra vida luchan para hacerse con el control, como le sucediera antaño a Jacob. ¡Es tan difícil dejarse vencer por Dios! ¡Es tan difícil entregarle todo lo que somos, aunque sepamos que solo Él puede sostenerlo en su eternidad viva! ¡Es tan difícil entregarle el valor de nuestro ser y aprender la humildad que nos hace libres; entregarle nuestra vida y la de los nuestros, aprendiendo la confianza que da paz incluso a nuestras lágrimas; entregarle los dolores de cada día, aprendiendo a amar por encima de toda circunstancia, aprendiendo a convertirnos en manantiales de vida en el desierto de este mundo! ¡Es tan difícil dejar que Dios convierta nuestro barro crucificado en vida luminosa!

Pero entonces, cuando todo parece perdido en esta lucha, Jesús inclina su cabeza y nos *entrega su Espíritu*. Así pues, respiremos hoy el aliento de su vida crucificada, de su vida que da vida. *Miremos al traspasado*.